



Storytelling vs. Maskirovka

De la matriz Hackett a la rusofrenia, Ucrania, 2022-2026

Por FRANCISCO VEIGA

Catedrático. Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, UAB



RESUMEN

El relato está en la esencia de la historiografía. El problema surge cuando ese relato parte de argumentos prefabricados a fin de generar un discurso de propaganda de guerra destinado a permanecer en el tiempo; o más aún, a crear una realidad alternativa por la cual un bando se considera ganador, sistemáticamente, contra toda evidencia. En la guerra de Ucrania de 2022 la creación de una dinámica bélica en una realidad paralela -esa es la función del *storytelling*- tuvo un arranque inicial exitoso en dos fases que se prolongó hasta el otoño del año siguiente. La operación de castigo israelí contra Gaza, que pronto degeneró en genocidio, junto con el fracaso de la ofensiva ucraniana del verano de 2023, invalidaron las bases argumentales del *storytelling* pro ucraniano. Basado en un guión de los tiempos de la Guerra Fría (la matriz Hackett), ese relato carecía de reflejos y capacidad de adaptación a la nueva situación. Con todo y que se hicieron importantes esfuerzos para mantenerlo, en base a dosis masivas de doble rasero -de lo cual es buena muestra la *rusofrenia*- los virajes de la política internacional del nuevo presidente estadounidense Donald Trump terminaron por despojar de contenido el *storytelling* de 2022 convirtiéndola en una cáscara vacía.

Palabras clave: Ucrania, guerra, *storytelling*, narración, rusofrenia, matriz Hackett, *trigger massacre*

ABSTRACT

Narrative lies at the very essence of historiography. The problem arises when that narrative is based on prefabricated arguments in order to generate a discourse of war propaganda intended to endure over time; or even more so, to create an alternative reality in which one side is systematically considered the winner, against all evidence. In the 2022 war in Ukraine, the creation of a war dynamic within a parallel reality — that is the function of storytelling — had an initially successful start in two phases that lasted until the autumn of the following year. The Israeli punitive operation against Gaza, which soon degenerated into genocide, together with the failure of the Ukrainian offensive in the summer of 2023, invalidated the argumentative foundations of pro-Ukrainian storytelling. Based on a narrative from the Cold War era (the Hackett matrix), that narrative lacked reflexes and the capacity to adapt to the new situation. Even though significant efforts were made to sustain it, on the basis of massive doses of double standards — of which rusophobia is a good example — the shifts in international policy under the new U.S. president Donald Trump ultimately emptied the 2022 storytelling of its content, turning it into an empty shell.

Keywords: Ukraine, war, *Storytelling*, narrative, *Russophobia*, Hackett matrix, *Trigger massacre*

RESUM

El relat és a l'essència de la historiografia. El problema sorgeix quan aquest relat parteix d'arguments prefabricats a fi de generar un discurs de propaganda de guerra destinat a romandre en el temps; o més encara, a crear una realitat alternativa per la qual un bàndol es considera guanyador, sistemàticament, contra tota evidència. A la guerra d'Ucraïna del 2022 la creació d'una dinàmica bèl·lica en una realitat paral·lela -aquesta és la funció de l'*storytelling*- va tenir una arrencada inicial reeixida en dues fases que es va prolongar fins a la tardor de l'any següent. L'operació de càstig israelià contra Gaza, que aviat va degenerar en genocidi, juntament amb el fracàs de l'ofensiva ucraïnesa de l'estiu del 2023, van invalidar les bases argumentals de l'*storytelling* pro ucraïnès. Basat en un relat dels temps de la Guerra Freda (la matriu Hackett), aquest relat no tenia reflexos i capacitat d'adaptació a la nova situació. Amb tot i que es van fer importants esforços per mantenir-lo, en base a dosis massives de doble rasero -de la qual cosa és bona mostra la rusofrenia- els viratges de la política internacional del nou president nord-americà Donald Trump va acabar per buidar de contingut la *storytelling* de 2022 convertint-la en una closca buida.

Paraules clau: Ucraïna, guerra, *Storytelling*, narrativa, rusofrenia, matriu Hackett, *Trigger massacre*

“Un bando gestiona los titulares, El otro, la guerra”
Gerry Nolan, 16 de diciembre, 2025

“Rusia es un país débil con muchas armas nucleares”
Petr Paverl, presidente de Chequia,
Conferencia de seguridad de Munich, febrero 2026

“Somos, de alguna manera, las historias que nos contamos, y no es posible comprendernos (ni persuadirnos) sin conocer también cómo nos contamos historias”

Óscar. Vilarrolla, *Somos lo que nos contamos: Cómo los relatos construyen el mundo en que vivimos* (2019)

En las primeras horas del 24 de febrero de 2022, las fuerzas armadas de la Federación rusa iniciaron su ofensiva contra Ucrania. El ataque se desplegó simultáneamente en múltiples puntos: desde la zona cercana a la central de Chernóbil y el norte de Kiev, hasta el estrecho de Perekop, que conecta Crimea con el resto del territorio ucraniano. También se registraron movimientos en el Donbás, en las proximidades de Járkov y Sumy, así como a lo largo de la frontera nororiental¹.

El objetivo estratégico de los invasores era limitado. En esencia, era una continuación de la intervención de fuerzas rusas en la guerra del Donbas (2014-2025), un conflicto civil ucraniano que había enfrentado a la minoría rusófila de esa región -lo que, en tiempos de las contiendas yugoslavas se hubiera categorizado como etnia ruso ucraniana- con el gobierno nacionalista de Kiev. De ese choque se salió con los denominados acuerdos de Minsk que para los del Donbas suponía una solución federal en el marco del Estado ucraniano, pero que las potencias occidentales que respaldaban al gobierno de Kiev, tendieron a considerar un tiempo muerto a la espera del necesario rearme del Ejército ucraniano para lidiar una segunda ronda del conflicto. Este extremo fue abiertamente admitido por la misma cancillera alemana, Angela Merkel; y el propio gobierno ucraniano, bajo Petro Poroshenko, no hizo gran cosa, por no decir nada, para cumplir con los acuerdos de Minsk: las autodenominadas repúblicas de Donbas fueron tratadas como simples territorios secesionistas. Durante los siguientes siete años, menudearon los duelos artilleros a uno y otro lado de la línea de separación.

¹ Este artículo se basa, principalmente, en el libro *Ucrania 22. De la guerra programada a la contienda por la globalización* (Alianza Editorial) del autor del presente artículo.

Storytelling ruso

El 24 de febrero, Putin en persona explicaba los objetivos de lo que definió como “operación militar especial”. Parte del contenido del discurso poseía alcance internacional, pero también buscaba llegar a los propios ciudadanos rusos. Para ambas audiencias se insistía en el alcance limitado de la operación: el objetivo militar consistía en ofrecer protección a las poblaciones amenazadas del Donbas y Crimea y, a través de ello, salvaguardar a Rusia del expansionismo de «los principales países de la OTAN», los cuales «declaran abiertamente que reclaman otros territorios rusos». Putin achacaba a «las fuerzas que perpetraron un golpe de Estado en Ucrania en 2014» la renuncia a intentar la solución pacífica del conflicto del Donbas a lo largo de los últimos ocho años. Invocaba el Artículo 51 del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas: «Acción en caso de amenazas a la paz, quebrantamientos de la paz o casos de agresión». Específicamente para la propia ciudadanía rusa iba dirigido el argumento de que la intervención militar también buscaba desnazificar a Ucrania. En parte hacía referencia al protagonismo que habían tenido las unidades paramilitares ultranacionalistas y neonazis en el bando de Kiev, con un nada desdeñable apoyo de partidos y movimientos similares de Europa. Ese fenómeno no era marginal: no dejaría de crecer durante la guerra de 2022, llegando a agrupar a potentes unidades de esa tendencia política, plenamente integradas en el organigrama del Ejército ucraniano, algo que, a esa escala, no se había visto en Europa desde 1945, con excepción de las unidades neo-ustachas en las fuerzas armadas crotas, a partir de 1991.

Pero la palabra *desnazificación* no era solo un objetivo militar: era un relato. Un relato antiguo, aprendido en la escuela soviética, repetido durante décadas, incrustado en la memoria colectiva como una cicatriz que nunca cerró. Putin hablaba a ese recuerdo. Sabía que, para muchos rusos, el nazismo no es una ideología extinguida, sino una amenaza que siempre aguarda su ocasión, agazapada en Europa². En esa lógica, Rusia no podía aspirar al respeto del mundo si no actuaba como guardián último contra su regreso. Era una convicción comparable a la que empujaba a Estados Unidos a vincular su honor histórico a la defensa de Israel: permitir otro exterminio sería una forma de traición a sí mismos.

Todo esto procedía de la Segunda Guerra Mundial, pero también de los equívocos que dieron forma a la Guerra Fría, ese tiempo de sospechas permanentes y moral de espejo deformado. Cuando los Aliados respaldaron la reconstrucción de Alemania Occidental, Moscú creyó ver —o dijo ver— el germen de un nuevo Reich, concebido como arma futura contra la Unión Soviética. Décadas después, Putin retomó ese viejo reproche y lo dirigió a la OTAN: Ucrania sería el nuevo instrumento, el escenario donde Occidente intentaría repetir la maniobra. Esa idea, más que un análisis estra-

² Pozner (2018): minutos 1:27 y ss. para esa cuestión.

tégico, fue combustible emocional: una mezcla de patriotismo, miedo y orgullo herido que alimentó la maquinaria de guerra.

Así, el 24 de febrero de 2022 no se presentó como el inicio de una guerra nueva, sino como la continuación de una vieja. Putin no convocó la Guerra Fría; invocó la Gran Guerra Patriótica. Habló como si el calendario hubiera retrocedido hasta 1945, como si Europa volviera a arder y como si, en algún despacho olvidado de Londres, Churchill siguiera guardando en un cajón la Operación *Unthinkable*, dispuesto a lanzarla sobre las ruinas aún humeantes del Reich derrotado³.

Con todo y que el discurso de Putin era coherente para una audiencia rusa, no lo era tanto para los occidentales, al menos a primera vista. Porque si bien la ofensiva era limitada, preventiva, de castigo o como se la quisiera denominar, la desnazificación de Ucrania no se podría lograr, supuestamente, sin un cambio de régimen. Esa aparente contradicción en el *storytelling* ruso abría una brecha susceptible de ser utilizada por el *storytelling* de las potencias occidentales.

El presidente Joe Biden, en una de sus primeras declaraciones, el mismo día 24 de febrero, sintetizó esa perspectiva al afirmar que *“Putin tiene aspiraciones que van mucho más allá de Ucrania; pretende restaurar la antigua Unión Soviética”*. Se iniciaba así la construcción del *storytelling* occidental sobre la guerra de Ucrania, entendido ese concepto como un intento de dominar el marco desde el cual todos interpretarían ese conflicto. El contundente anuncio del presidente estadounidense estaba destinado a la audiencia occidental y abarcaba una variada gama de pesadillas. En meses sucesivos pudo comprobarse como esos terrores se entrelazan o se separaban temporalmente, según conviniera.

La invocación al retorno de la Unión Soviética enlazaba con uno de los grandes terrores del establishment americano: la reactivación del mayor enemigo estratégico que habían tenido los Estados Unidos en su corta historia. Desde antes de que se descompusiera en quince repúblicas, a finales de 1991, ya estaba presente la desconfianza ante un débil Gorbachov que podría ser sustituido por un nuevo líder soviético fuerte. Por entonces se temió que el joven general Aleksandr Lebed o el líder ultranacionalista Vladimir Zhirinovski pudieran ser los nuevos hombres fuertes decisivos. Lo que la realidad no terminaba de crear, lo completaba la cultura popular del sistema, a base de novelas de política ficción como las de Tom Clancy, que a su vez daban lugar a películas o videojuegos sobre alarmas internacionales provocadas por un dictador o un militar que tomaba el poder en Rusia, con el fin de reconstruir la URSS. Así, aunque en el film de 1977 Simon Templar, El Santo, luchaba contra Ivan Tretiak, oligarca ruso ultranacionalista, antiguo criminal convertido en político, Clancy creó una amplia panoplia de malvados dictadores o golpistas soviéticos o rusos, todos

³ Hines (2016).

ficticios: Mijail Nesterov de *Tormenta Roja* (1986), Nikolai Gerasimov (*El cardenal del Kremlin*, 1988), Arkady Fedorovich Vorontsov (*Órdenes ejecutivas*, 1996), Nikolai Grishanov (*El oso y el dragón*, 2000). En ocasiones incluso deslizaba a responsables políticos reales en las tramas, con el fin de darles mayor verosimilitud, como fue el caso de Yuri Andrópov o Gennadi Ziuganov.

Vladimir Putin encajó en ese panteón ya desde los primeros años de su mandato. En Washington había quien pensaba que la Nueva Guerra Fría se remontaba a 2003, cuando la “Vieja Europa” -el eje París-Berlín-, crítica con la invasión de Iraq, había iniciado unos imprudentes contactos diplomáticos que la acercaban a Rusia. El objetivo no era militar, sino más bien de gran estrategia económico-financiera. El 9 de febrero, Putin había visitado Berlín; al día siguiente llegó a París. Schroeder y Chirac le devolvieron la visita al ruso: el 11 de abril en San Petersburgo; el 31 de agosto en Sochi; el 4 de julio en Kaliningrado. Parecía claro que se estaba produciendo un realineamiento europeo al margen de los designios de los Estados Unidos. Tal como escribe Todd, «la principal razón del giro antirruso de los estadounidenses fue el temor a una Alemania independiente y activa, y sobre todo a una Alemania dispuesta a llevarse bien con Rusia»⁴. Por si faltara algo, quien encabezaba por entonces este movimiento era el canciller Schroeder, el mismo que pocos años después iba a desempeñar un papel decisivo al frente del holding AG Nord Stream. Así que fue en 2003 cuando en los Estados Unidos empezó a hablarse de «Segunda Guerra Fría».

La matriz Hackett en Ucrania

Pero cuando, casi veinte años más tarde, el anciano presidente Biden proclamó que Putin buscaba restaurar la Unión Soviética⁵, todo encajó a la perfección en el *storytelling*, que despegó imparable. El presidente ruso había estado trabajando para restaurar el imperio comunista, el regreso al pasado era fulminante y el resultado era la Guerra Fría, es decir, una confrontación a escala global. Pero su categoría de “fría” daba mucho juego en las circunstancias de 2022. No era el comienzo de la Tercera Guerra Mundial, no condenaba a la OTAN a intervenir de forma directa contra Rusia. Había margen para hacer del conflicto en Ucrania una *proxy war*, una guerra por poderes, como en los mejores tiempos de la Guerra Fría histórica. Como entonces los vietnamitas o los afganos, ahora los ucranianos morirían por los nobles ideales: la libertad, los derechos humanos, la democracia, una vida mejor. También había margen para mostrar músculo nuclear sin que cundiera el pánico; incluso, en algunos

⁴ Todd (2024): pp. 308-309

⁵ La afirmación se puede encontrar en crónicas del 24 de febrero de 2022, que todavía se conservan en red. Por ejemplo: “Putin quiere restablecer la Unión Soviética: Joe Biden”, en *Tiempo la noticia digital* (México) a las 14:05 [consultable en red]; “Joe Biden llama a Vladimir Putin “paria”, agresor y descarta una intervención militar”, en *Informativos Telecinco*, 24 de febrero de 2022, 20:21 h. [consultable en red]

momentos, podría jugarse alguna partida en (aparentemente), el filo del cuchillo, al borde del abismo. Como en la crisis de los misiles en Cuba, en 1962, o durante las maniobras de la OTAN en Alemania, Able Archer 83. Al fin y al cabo, como por entonces, existiría un canal de comunicación entre las superpotencias implicadas en el conflicto, como el que conectaba directamente al Comando Europeo de Estados Unidos (EUCOM) con el Centro de Gestión de la Defensa Nacional de Rusia⁶.

En Occidente tuvo buena acogida el *storytelling* de que se había regresado a la Guerra Fría contra la Unión Soviética rediviva. 1991-2022: quedaba atrás la caótica complejidad de la globalización neoliberal, el desequilibrio como orden, todo ello embrollado por la posmodernidad filosófica en que estaba inmerso el Nuevo Orden Mundial. Periodistas, analistas, tertulianos, profesores, oficiales de inteligencia, militares, políticos, todos ellos recibieron con alivio la noticia de que las cosas volvían a estar claras, con el retorno de un mundo de buenos y malos, de fronteras marcadas y concepciones maniqueas. El enemigo se hacía visible; las lealtades, reconocibles; el rumbo, fijo y claro. Y esta vez, el final vendría como tenía que haber llegado en 1991: de la mano de la victoria militar, con la destrucción del enemigo; no con dudosas transiciones políticas de la mano de personajes débiles o tan poco fiables como Gorbachev o Yeltsin. Las caretas habían caído, Putin encarnaba la maldad, era innegable que Rusia había invadido Ucrania; y quien lo pusiera en duda era estigmatizado como “negacionista”⁷. Como explicaba el periodista Pascual Serrano, a poco de iniciarse la guerra:

“Quienes planteábamos dudas éramos señalados como «conspiracionistas» o «negacionistas». Es como si dudar de la versión de un periódico o de un telediario equivaliese a negar el Holocausto. Para el poder dominante, la versión de EE.UU., de la OTAN y de los Gobiernos europeos tiene valor de infalibilidad científica; por ello, quienes dudamos estamos al nivel de los terraplanistas, que desconfían de la ciencia. Al hilo de esto, no faltaron programas de televisión donde repasaban los nombres de personas con cierto protagonismo público que dudaban de la información oficial, y los acusaban de buscar protagonismo, notoriedad o negocio”

La noticia de que Putin buscaba reconstruir la Unión Soviética se comprimía con la invasión de Ucrania como medio para conseguirlo: las aventuras secesionistas de habían terminado y tras recuperar la antigua república soviética por la fuerza de las armas, estaba cantado que enseguida sería el turno de los Países Bálticos y Moldavia. ¿Y después? Quien sabe si la reconstrucción del Bloque del Este, invadiendo Polonia, Rumania, pasando a la antigua Alemania Oriental y quién sabe después. Al cabo de pocos días, la histeria había cundido y millones de europeos estaban seriamente

⁶ “Exclusive: US, Russia have used their military hotline once so far during Ukraine war” (Reuters), en *Jerusalem Post*, 29 de noviembre, 2022 [consultable en red]

⁷ Serrano (2022): p. 21

preocupado ante la posibilidad de que los rusos llegaran a la puerta de sus casas, en Berlín, París, Madrid, quizás Lisboa.

El *storytelling* de las primeras semanas de la guerra de 2022 era precisamente eso: una explosión de histeria en la que brotaron *storytelling* de hacía cuarenta años, de mediados de los ochenta del siglo XX, cuando se llegó a creer que la Tercera Guerra Mundial era inminente. Por entonces, se suponía que, consciente de su crisis sistémica, la Unión Soviética podría morir matando, lanzando una gigantesca ofensiva mecanizada a través de Alemania Federal, a través de lo que se denominaba el Fulda Gap, una brecha en las defensas de la OTAN. Quizá la victoria militar podría suponer el mantenimiento del poder soviético.

Como en aquellos años de 1983, 1984 o 1985, ¿quién sabía lo que había en la cabeza de Yuri Andropov, o incluso en la de Konstantin Chernenko? En 2022, esas preguntas se trasladaron a la cabeza de Putin. ¿Por qué lo había hecho? La invasión de Ucrania era una sinrazón, un sin sentido estratégico, quizás producto de una obsesión megalomaniaca. Putin, posiblemente estaba loco. También se decía que estaba gravemente enfermo: cáncer; le quedaba poco tiempo de vida y no le importaba llevarse al mundo entero por delante en prosecución de sus planes descabellados. Se llegó a profetizar que su propio entorno cercano estaba tan alarmado que pronto lo sacaría de en medio: un golpe de estado militar o un atentado político.

Aquel relato del “milagro en el último minuto” no surgía de la nada: bebía de una vieja mitología estratégica anglosajona, una fe casi infantil en la irrupción final de un factor invisible que invierte el curso de la historia. Es una fe literaria antes que militar, y acaso por eso tan resistente. Pienso en *La guerra de los mundos*, de H. G. Wells: los marcianos llegan y avanzan como avanzan los imperios cuando creen que el mundo es un mapa sin habitantes. Sus trípodes —máquinas perfectas, sin dudas ni remordimientos— reducen ciudades a escombros; Londres se vacía, la multitud huye sin rumbo, cada cual empujado por el instinto primario de sobrevivir. No hay estrategia, no hay esperanza, solo movimiento. Y entonces, cuando el narrador ya ha aceptado la derrota como se acepta una enfermedad incurable, el desenlace no viene del heroísmo ni del genio humano, sino de algo microscópico, humilde: las bacterias. El invasor, invencible en apariencia, muere por no comprender la vida que pisa. Es el milagro, sí, pero también la lección amarga: la historia no siempre la deciden los grandes planes, sino aquello que nadie ve, que nadie cuenta, y que sin embargo espera pacientemente su momento.

Ese relato se había adaptado a medida de la Guerra Fría y de sus incertidumbres de mediados de los ochenta en una obra que alcanzó cierta popularidad en la época: *La Tercera Guerra Mundial. La historia no relatada* del general británico sir John Ha-

ckett, publicada en dos ediciones, la de 1979 y la de 1982⁸. El libro era un prolijo y largo informe convertido en una obra de historia ficción, aunque se incluían en él algunos personajes imaginados para relatar el ataque, también desde las filas de los combatientes. Su autor sabía de lo que escribía, no en vano había sido general en jefe del Ejército británico en el Rin, y del Northern Army Group de la OTAN en 1965. En las páginas de la ficticia historia de la Tercera Guerra Mundial había vertido decenas de informes, análisis y planes de contingencia de la OTAN con respecto al Pacto de Varsovia.

Pero lo significativo del libro era el relato sobre cómo concebía el general Hackett el desarrollo de un conflicto a gran escala entre los soviéticos y la Alianza Atlántica. En julio de 1985, Eslovenia intentaba la independencia, respaldada por los americanos - hacía poco de la muerte de Tito- mientras que las fuerzas soviéticas apoyaban la integridad de la República Federal de Yugoslavia. En la espiral de la rápida escala que producen los primeros combates, las fuerzas del Pacto de Varsovia lanzan un ataque masivo a través de Alemania Federal. Tras los primeros avances, las fuerzas de la OTAN logran resistir ayudadas por los primeros signos de agotamiento de los soviéticos, debido a sus problemas logísticos, mala calidad de los blindados, deficiente coordinación entre tropas y rigidez de su doctrina militar. Es importante resaltar el papel que juega en el *storytelling* imaginado por Hackett el desgaste y agotamiento de la invasión soviética, víctima de su propia magnitud. A partir del 15 de agosto, la situación se deterioró aún más para el Pacto de Varsovia: comenzaron desertiones masivas, incluidas unidades soviéticas al completo, destacando el caso del Tercer Ejército de Choque, cuyo comandante ficticio cambió de bando. Al mismo tiempo, crecían la inestabilidad y las revueltas en Polonia, los países bálticos y Ucrania. Incapaces de alcanzar el Rin y con su ofensiva tambaleándose, los dirigentes soviéticos optaron por una escalada controlada.

El 19 de agosto, el Politburó decidió un ataque nuclear limitado contra una ciudad europea de la OTAN para forzar un alto el fuego sin desencadenar una guerra nuclear total. El objetivo elegido fue Birmingham, destruida el 20 de agosto de 1985, causando decenas de miles de muertos. Como represalia, Estados Unidos y el Reino Unido lanzaron un ataque nuclear contra Minsk, capital de Bielorrusia. En el relato, cuatro misiles nucleares provocaron descomunales hongos de fuego de veinticinco kilómetros de altura, que fueron vistos desde Riga, Vilna, Varsovia y Kiev, provocando el pánico y la revuelta nacional en Ucrania y la descomposición de la Unión Soviética, lo que incluía el hundimiento del poder político.

⁸ Hackett (1982). La edición en español, publicada y distribuida por Círculo de Lectores en los años ochenta, tuvo bastante predicamento. No fue la única obra de historia-ficción sobre una posible Tercera Guerra Mundial en esa época. *Team Yankee* de Harold Coyle (1987, Presidio Press), fue otra buena muestra de ello, aunque se trataba de un relato a escala táctica.

El *storytelling* de Hackett se repitió en los primeros meses de la guerra en Ucrania con un chocante parecido. Entre febrero y abril de 2022, el relato de las potencias occidentales involucradas en el conflicto explicó cómo los rusos habían fracasado en el último momento, en alcanzar unos objetivos de guerra que, en realidad, no se habían propuesto. El punto de partida del guion occidental -básicamente angloamericano- consistía en negar el carácter limitado de la operación rusa en Ucrania. No: había sido una invasión en toda regla, un intento de ocupar todo el país, y además, en un tiempo récord: tres semanas, dos semanas, una sola semana; cualquier exageración que batiera de forma aplastante las marcas de la *Blitzkrieg* alemana en la Segunda Guerra Mundial. La punta de lanza de esa operación era la toma fulgurante de Kiev, la decapitación del gobierno ucraniano y su sustitución por unas nuevas autoridades, afines a Moscú. Este planteamiento tipificaba la operación rusa como una guerra territorial, al buscar la ocupación de la Ucrania soberana para reintegrarla a la renacida Unión Soviética.

Pero ese ataque mastodóntico, moría víctima de su propia magnitud inmanejable. El “segundo ejército del mundo” -como se tildaba a las fuerzas armadas rusas en clave irónica- era un gigante con pies de barro. Ciertamente, las armas de la OTAN habían ayudado a parar la estocada. Desde los misiles anticarro Javelin hasta los «milagrosos» drones turcos Bayraktar TB2 que se habían estrenado en la guerra del Alto Karabaj y tan buenos resultados habían dado contra los medios armenios. De hecho, se popularizó la efigie de una Virgen María que portaba uno de esos misiles y que fue bautizada como «Santa Javelina»; y también la pegadiza canción «Bayraktar», compuesta por el soldado ucraniano Taras Borovok, que obtuvo un gran éxito desde YouTube⁹. Pero, en aplicación del *storytelling* de Hackett, era la propia invasión rusa la que se presentaba como una desastrosa ofensiva que se extinguía en su propia ineficacia. Y ciertamente abundaron, y hasta sobreabundaron, las fotografías de carros de combate y material militar ruso aparentemente abandonado y posteriormente capturado.

Algunas de esas fotografías eran *fakes*; correspondían a un mismo vehículo, e incluso a material militar ucraniano mostrado como falsa captura, puesto que —y esto aportaba un sesgo muy paradójico a la batalla por la propaganda de guerra en este conflicto— ese material militar era muchas veces el mismo que utilizaban ucranianos y rusos; idénticos o muy similares modelos de tanques o vehículos blindados.

A fuerza de repetir el cuadro de que la invasión de Ucrania era un desastre estratégico y operacional, que asumieron incluso analistas profesionales, como en el juego del teléfono roto, y por no quedarse atrás en el entusiasmo triunfalista, a las dos semanas de iniciada la guerra ya circulaba a caño libre la visión de Rusia como un gi-

⁹ «Bayraktar» – Official song (English). YouTube, 2 de marzo de 2022.

gante con pies de barro. Al cabo de un mes, la *parrot press* occidental manejaba con suficiencia los altisonantes datos que le suministraban, con aparente gran liberalidad, «fuentes de inteligencia estadounidenses» (o británicas), «analistas militares», «oficiales de Estados Unidos» (muchas veces mera propaganda de guerra ucraniana, muy imaginativa) y toda la parafernalia de afirmaciones de autoridad no comprobadas, según las cuales «algunos misiles rusos» tenían una tasa de fallos del 60% o, incluso, se estaban agotando los *stocks* de esas armas, debido a la incapacidad de la industria militar rusa para poner en línea las unidades suficientes con las que sacar adelante la guerra contra Ucrania¹⁰. Una historieta que tuvo mucho éxito en las primeras fases del conflicto fue aquella según la cual los rusos tenían que echar mano de los chips de lavadoras, neveras, lavavajillas o frigoríficos para utilizarlos «en sus tanques» ante la falta de suministros. El rumor lo había puesto en circulación *Business Insider* ya en mayo, y después volvió a lanzarlo de nuevo, meses después¹¹. La idea era encantadora: la tecnología militar rusa era totalmente dependiente de la occidental. La tecnología podía frenar la invasión rusa, insistía farruco *Business Insider* en septiembre¹².

A partir de ahí, se desarrollaban incluso sesudas disquisiciones sobre las causas de una incapacidad que se daba por absolutamente comprobada: Rusia no podría aguantar mucho más su esfuerzo ofensivo. De nuevo, el «argumento Hackett», el agotamiento del monstruo, víctima de su propia monstruosidad. Esto es, el discurso premonitorio de la OTAN en los años ochenta del siglo pasado.

Este segundo capítulo conducía a un tercero: un desastre de tal calibre llevaba (casi forzosamente) a la insurrección y al golpe de Estado interno. Con un colofón terrorífico que también provenía del guion de Hackett: en Moscú podrían intentar enmendar los errores saliendo por la tangente y tirando de estrategia nuclear¹³. Pero seguramente las cosas no llegarían tan lejos puesto que «Putin estaba aislado», gravemente enfermo o incluso manifestaba síntomas de demencia¹⁴. O bien, «fuentes bien informadas», invariablemente de la omnipresente inteligencia angloamericana, filtraban que los descontentos de su entorno preparaban un golpe¹⁵.

¹⁰ «¿Por qué falla tanto el armamento ruso?», Canal VisualPolitik (YouTube), 15 de abril de 2022.

¹¹ «Rusia está usando chips de lavadoras y frigoríficos en sus tanques, ante la falta de suministros», por Ángel Luis de Santos, en *La Razón*, 13 de mayo de 2022 [consultable en red]

¹² «Rusia se queda sin microchips para fabricar armas. Cómo la tecnología puede frenar la invasión rusa», por Ramón Armero, *Business Insider*, 6 de septiembre de 2022.

¹³ «Apretar el botón nuclear podría volverse contra Putin, en forma de golpe de Estado o incluso de su propia muerte, advierte un experto», por Matthew Loh, *Business Insider*, 23 de mayo de 2022 [consultable en red].

¹⁴ «Ahora sabemos que Putin está aislado y comete errores pero no está demente», *The Washington Post*, publicado en español en *La Nación*, 10 de mayo de 2022 [consultable en red].

¹⁵ «Los servicios secretos rusos podrían estar preparando un golpe de estado contra Putin», *OndaCero*, 26 de marzo de 2022 [consultable en red].

El relato occidental afinó pronto su maquinaria. Primero cargó contra los supuestos errores logísticos rusos, amplificados hasta el exceso, cuando no directamente imaginados. Pero el golpe decisivo llegó por otra vía, más elegante y aparentemente irrefutable: el análisis estratégico. Allí, decían, Rusia perdía una y otra vez la guerra por Ucrania. Perdía porque no había conquistado todo el territorio en el tiempo récord que se le atribuía como objetivo, aunque nadie supo precisar nunca cuál era exactamente ese plazo. Tal vez porque ese plazo nunca existió. En Moscú, el ataque de febrero no fue concebido como una invasión clásica, sino como un castigo limitado, una operación de corrección, no de ocupación total.

Esa presunta impotencia quedó sellada por la incapacidad de tomar Kiev con rapidez y decapitar al poder ucraniano. A ello se sumó la imagen de una resistencia eficaz: un ejército ucraniano firme, reforzado aquí y allá por civiles armados a toda prisa, convocados por un régimen que improvisaba su propia épica. Cuando la batalla por la capital no se resolvió, los rusos optaron por retirarse de los sectores norte y este a partir del 25 de marzo. La propaganda ucraniana más exultante lo presentó como una huida forzada por el empuje victorioso de sus tropas. El cuadro narrativo quedó así cerrado, redondo, listo para ser consumido.

Bucha, masacre de inducción

Faltaba, sin embargo, la escena final, la imagen destinada a fijarse en la retina moral del mundo. Llegó el 2 de abril, con la denominada “masacre de Bucha”. Allí, se dijo, las fuerzas rusas que habían ocupado ese suburbio de Kiev habían asesinado a unos cuatrocientos civiles. No solo por represalia, sino —según el relato— en base a una crueldad gratuita, casi instintiva, como si brotara de una capa profunda y oscura de la historia.

Desde Bucha, el discurso dio un paso más. Rescató un viejo archivo ideológico: el combate contra las “hordas asiáticas”, contra una barbarie presentada como ancestral. Se subrayó que el teniente coronel Azatbek Omurbekov, señalado como el “carnicero de Bucha” y comandante de la 64.ª Brigada de Fusileros Motorizados, procedía de Siberia oriental y era de origen buriato, nacido en Karakalpakistán, en Uzbekistán¹⁶. Se insistió también en la presencia de los *kadirovtsi*, voluntarios chechenos enviados por Ramzán Kadírov, aliado fiel de Moscú. Cada detalle étnico parecía necesario, como si la geografía humana explicara por sí sola la violencia.

¿Acaso no existió una matanza en Bucha? Por supuesto que sí, pero no bajo la forma programada, intencionada, sistemática y sádica cometida por un bando -el ruso- con-

¹⁶ El mejor compendio informativo sobre Omurbekov y su unidad se puede encontrar en Wikipedia, entrada «Azatbek Asanbekovich Omurbekov».

tra la población civil ucraniana en esa localidad. Que se produjeran abusos y crímenes resulta, en realidad, más que verosímil. Las fuerzas que ocupan un país — cualesquiera que sean— tienden a cometer excesos o a tolerarlos, degradándose hasta convertirse en mera soldadesca. Incluso contingentes de Naciones Unidas, “casco azul”, incurrieron en prácticas reprobables en determinadas misiones de paz, como es bien conocido: en Haití entre 2004 y 2017, y en la mayoría de las intervenciones de los cascos azules en África, por ejemplo. La presión constante del combate, el recurso a sustancias estimulantes, la falta de control sobre algunos individuos o la indulgencia de los mandos convierten a la tropa en una auténtica calamidad para las zonas ocupadas, tanto en guerras actuales como en conflictos del pasado. De hecho, el uso masivo de empresas militares privadas por parte de las autoridades estadounidenses en escenarios bélicos —como ocurrió tras la invasión y ocupación de Irak— buscaba en parte eludir o desplazar responsabilidades penales derivadas de los abusos cometidos por las propias tropas en territorios ocupados. Todo ello dio lugar a investigaciones y resoluciones del Consejo de Derechos Humanos de la ONU desde 2005, que, significativamente, fueron impugnadas por Estados Unidos y la Unión Europea¹⁷.

En el caso concreto de Bucha, la gran mayoría de las muertes civiles se debió a los combates que tuvieron lugar en la localidad cuando la población local —que no había sido evacuada por las autoridades ucranianas aunque tuvo oportunidad de hacerlo— quedó a merced de los duros combates que tuvieron lugar en sus calles, en los cuales se utilizó munición artillera tipo *canister*, ideada para arrasar tropas de infantería, es decir, grupos de personas humanas, que posiblemente utilizaron rusos y ucranianos, provistos en esta fase de la guerra del mismo tipo de armamento heredado de la era soviética¹⁸.

A todo ello debe añadirse que perpendicular a la calle Yablunska, se encuentra la calle Vokzalna, donde quedaron atrapados unos treinta vehículos militares y tanques rusos, destruidos por la artillería y civiles ucranianos armados, hasta más allá de la calle Sadova. A pesar de haber sido difuminadas o sombreadas las imágenes, todavía hoy (31 de enero 2026) se pueden percibir restos de esa aniquilación en Google Maps, si se desciende a máxima aproximación. Por otra parte, la calle Vokzalna, más allá de Yablunska, es la salida de Bucha hacia Irpin y Kiev, lo cual ayuda a explicar la concentración de civiles muertos que intentaban huir de los combates. Sólo cabe añadir que el aeródromo de Hostomel está conurbado con Bucha por el norte, para

¹⁷ «¿Qué hay detrás de la negativa de la UE y los EE.UU. a la resolución sobre mercenarios?», por Yoselyn Manzano, *RDIH/RIDHE*, 3 de noviembre de 2017 [consultable en red]

¹⁸ Para el informe oficial internacional sobre lo ocurrido en Bucha, vid.: «Dozens of Bucha civilians were killed by metal darts from Russian artillery», por Lorenzo Tondo, *The Guardian*, 24 de abril de 2022 [consultable en red]

entender que la zona fue uno de los puntos más calientes de la guerra en los primeros días de la invasión¹⁹.

Así que, en efecto, en ciertos puntos de las calles de Bucha yacían numerosos civiles muertos, lo cual, en apariencia, fue utilizado para teatralizar unas ejecuciones que no está nada claro que realmente hubieran existido. A partir de aquí, el tratamiento informativo derivó hacia la noticia de que en esa localidad los rusos habían llevado a cabo matanzas sistemáticas, quizá por despecho, al “verse obligados a retirarse”. Ese planteamiento, voceado internacionalmente por los potentes medios de comunicación occidentales, y respaldado por la presencia emocionada de sus líderes políticos, que acudieron a Kiev en un estremecido peregrinaje, hizo de lo ocurrido en Bucha una masacre de inducción (*trigger massacre*)²⁰ sobre la que se edificó la promesa de las potencias occidentales a Zelenski de que iban a respaldarlo con armas, dinero, inteligencia y asesoramiento hasta vencer a los rusos. Por lo tanto, Bucha actuó como llamada a filas, como toque de corneta. Después de ella, no cabía la duda ni la pausa. La masacre —tal como fue narrada— exigía una guerra sin tregua. El relato supremacista de la lucha contra la barbarie asiática no fue un accidente, sino una constante. Frente a las hordas, no había espacio para la ambigüedad. Solo cabía la condena absoluta y el combate total²¹.

A partir de ese momento, como veremos un poco más adelante, la OTAN se volcó en la ayuda a Ucrania, y armas y asesores empezaron a llegar al país en cantidad y calidad crecientes. El *storytelling* ganó en intensidad y consistencia. Empezó a hablarse de las armas occidentales, capaces de cambiar el curso de la guerra, las *gamechan-*

¹⁹ Veiga (2025): p. 282

²⁰ “Trigger massacre”, en *Eurasian Hub* [blog], - Conceptos, 26 de agosto de 2013 [consultable en red: <https://eurasianhub.wordpress.com/2013/08/26/trigger-massacre/>]. *Trigger massacre*: del inglés, «trigger» (gatillo) y «massacre» (masacre). Dícese de aquella matanza, ejecución sumaria o masacre, real, escenificada o inventada, destinada a provocar alguna forma de intervención internacional en un conflicto militar o «revolución blanca». La *trigger massacre* puede haber sido planificada desde un principio por el bando interesado en atraer la intervención, bajo la forma de provocación, a fin y efecto de atribuírsela al bando contrario. Otra posibilidad consiste en que el bando interesado en explotar la *trigger massacre* aproveche la matanza, cometida por las propias fuerzas o las del enemigo, para utilizarla propagandísticamente. Una tercera variante consiste en inventar o simular la masacre, total o parcialmente, dando lugar así a una *fake trigger massacre*. Pero la intención última de las *trigger massacres* consiste en justificar y provocar alguna forma de acción internacional, ya sea diplomática o militar. En eso se diferencian las *trigger massacres* de la propaganda de guerra, sin más.

²¹ Casi cuatro años más tarde, el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Sergéi Lavrov, solicitaba a la prensa internacional la lista de los nombres de los cadáveres mostrados por la BBC como víctimas de la masacre en Bucha. Vid.: *Clash Report* en X (@clashreport), 6 de febrero de 2026. Para entonces, sin embargo, Bucha ya no aparecía en los medios occidentales; había perdido su valor propagandístico después de más de dos años de la matanza de Gaza, que las potencias comunitarias no hicieron nada por detener y apenas condenaron.

gers -una propuestas un tanto espinosa que tendía a recordar las “armas milagrosas” de la propaganda nazi en los últimos momentos de la Segunda Guerra Mundial-, aunque no eran sino un complemento al ingenio y resiliencia de los ucranianos, capaces de imaginar tácticas futuristas apoyadas en la informática y los drones, o lanzar audaces ataques contra la escuadra rusa del Mar Negro o infraestructuras críticas de Crimea. También fue la época en que alcanzó máximos la campaña de encumbriamiento del presidente Zelenski, que cultivaba una imagen resistencial permanente en base a vestimenta paramilitar y barba como de guerrillero de Sierra Maestra, a la par que se publicaban biografías hagiográficas sobre su persona.

Completando el esfuerzo del *storytelling* occidental, se creó el movimiento NAFO -acrónimo traducible como Organización de *Colegas* del Atlántico Norte²²- que empezó a operar en las redes sociales a partir de mayo de 2022. Su fundador, aparentemente casual, fue el *influencer* polaco Kamil Dyszewski, ultraderechista y antisemita. Esta “movida” más que movimiento, operaba extensamente mediante el *trolleo* y el *shitposting*, buscando desactivar mediante la burla los mensajes o análisis contrarios al *storytelling* oficial²³. La rudeza y la frivolidad de sus ataques, en los cuales eran frecuentes los memes burdos de estilo Wojak estaba muy emparentada con el estilo de las publicaciones de la ultraderecha americana, como la célebre *4chan*. Junto con el *storytelling* occidental, básicamente anglo-americano, se desarrolló asimismo otro, ucraniano, que con todo y estar íntimamente relacionado con el predominante, poseía cierta autonomía. Por ejemplo, utilizaba sus propias fuentes de información, y ocultaba o realizaba asuntos propios sobre los que ni siquiera Washington parecía poseer información precisa. Por ejemplo, las cifras de bajas en las fuerzas armadas ucranianas²⁴. O la forma detallada en que se desarrollaban algunos pagos y gastos derivados de la ayuda occidental al esfuerzo de guerra del país. Y también, promover la participación de la OTAN en una guerra directa contra Rusia. En cualquier caso, como atestiguaba Jacques Baud, “Para Ucrania, el centro de gravedad es la narrativa. Es la fuente de la ayuda prestada por Occidente. Por tanto, trata de promover la idea de éxito”²⁵.

La segunda fase de la guerra de Ucrania se prolongó desde abril de 2022 al otoño de ese mismo año. Concluyó con la ofensiva ucraniana del verano, que fue un éxito innegable, coincidiendo por una vez *storytelling* y factibilidad: las cosas parecían estar

²² North Atlantic Fella Organization

²³ “Shitposting Shiba Inu Accounts Chased a Russian Diplomat Offline”, by Matthew Gault, en Vice: 12 de julio de 2022 [consultable on line, aunque en WayBack Machine]

²⁴ En abril de 2023 se produjo una filtración de documentos clasificados estadounidenses a través de redes sociales (Twitter, Telegram, 4chan) y del servicio de mensajería Discord. Vid.: U.S. Lacks a Clear Picture of Ukraine’s War Strategy, Officials Say”, Officials Say», por Julian Barnes Barnes, en: *The New York Times*, 8 de junio de 2022 [consultable en red]

²⁵ Baud (2025) p. 8

sucediendo como se relataban. Sin embargo, en septiembre, el *storytelling* occidental empieza a quebrarse

Maskirovka* contra *Storytelling

Los rusos contrapusieron la *maskirovka* al *storytelling*, aunque no se trataba de conceptos equivalentes. Existe poco material sobre la *maskirovka* escrita por profesionales, pero suele centrarse en describirlas como un conjunto de acciones ofensivas, muy preparadas, con ayuda de mucha tecnología punta al servicio de la desinformación²⁶. Sin embargo, en esta ocasión, los rusos no tuvieron que desplegar medios de alta gama y engaños sofisticados. No tuvieron que hacer un esfuerzo especial, porque el *storytelling* contiene un potente y peligroso componente de autoengaño difícil de manejar, puesto que a partir de un determinado momento se expande apoyándose en planteamientos maniqueos, burdos, difundidos por miles de intelectuales orgánicos, periodistas de pesebre -alimentados por el poder- e *influencers* de redes sociales ayudados por *bots*. Por lo tanto, los rusos sólo tuvieron que limitarse a ser discretos, a explicar lo menos posible, mientras la *storytelling* se iba cayendo en pedazos, víctima de sus propias y crecientes contradicciones.

Ya desde febrero de 2022, la guerra había adquirido una lógica artificial; se omitían incoherencias o factores incómodos, magnificándose, por el contrario, los datos que encajaban en el relato prefigurado. Desde el primer momento, surgió un guion que absorbía la historia, la moral, la estrategia, la identidad nacional y hasta la psicología del adversario; todo quedaba explicado desde un único punto de vista; funcionaba como una especie de metarrelato cerrado, que pretendía hacerse pasar por la única interpretación legítima, sustituyendo la complejidad por una simplicidad emocionalmente eficaz. Por lo tanto, técnicamente resultaba sencillo desmontar el *storytelling*, pero el problema residía en que si nada rompía clara e irreversiblemente el relato -y aún así- podría permanecer activo durante bastante tiempo con el vigor inquebrantable de una doctrina religiosa.

Casi desde los primeros días del conflicto quedó bastante claro que los rusos no buscaban invadir Ucrania. A priori eso resultaba difícil porque la extensión del país era considerable: más de 603.000 km², es decir, incluso algo más grande que toda la Península ibérica. Es, de hecho, el país más grande Europa, a excepción de la enorme Rusia. Era literalmente imposible completar una campaña de invasión de esa envergadura en unos pocos días y con poco más de cien mil soldados (entre 100.000 y 120.000 soldados, según Todd²⁷) a los cuales se oponían 240.000 ucranianos encuadrados en 70 brigadas. Sin embargo, datos fiables de primera mano sobre las intenciones y el *timing* de los invasores ya se habían conseguido en la primera semana de

²⁶ Rangel Serra (2025)

²⁷ Todd (2024) p. 8 y 95.

la guerra y se hicieron públicos a comienzos de marzo²⁸. Se trataba de los documentos operativos de la 810ª Brigada Independiente de Infantería de Marina rusa. El calendario estipulaba la duración de esa primera fase de las operaciones en dos semanas y suponía tomar la ciudad de Melitopol, un objetivo situado a 230 kilómetros del istmo de Perekop en Crimea y prácticamente en la costa del mar de Azov. Por lo tanto, era un objetivo más que modesto para las fantasiosas intenciones y capacidades estratégicas que les atribuían a las tropas rusas los comentaristas occidentales y la *parrot press*.

El 11 de marzo, un medio electrónico español publicaba una entrevista al teniente general retirado del Ejército español Pedro Pitarch²⁹, que difícilmente podía ser tachado de simpatizante de los rusos, al haber desempeñado la jefatura de la División de Logística del Estado Mayor del Mando Supremo de la OTAN en Mons (Bélgica). Así respondía a la pregunta sobre la marcha de la supuesta «guerra relámpago rusa»:

Lo de la guerra relámpago es un invento periodístico. Lo de la rapidez en la ejecución de las operaciones militares no es de esta guerra. Es la lógica de las operaciones militares porque se fundamentan en el principio de la eficacia, es decir, lograr los objetivos lo más rápidamente y lo más rotundamente posible. Era un desiderátum, pero las operaciones necesitan su tiempo y su desarrollo, pero realmente van a su tiempo. Además tienen que ser alimentadas, lo cual es muy pesado y muy costoso cuando hablamos de unas colas logísticas larguísimas.

El objetivo de los atacantes tampoco era tomar Kiev; al menos, no tomar la ciudad al asalto, lo cual resultaba estratégicamente imposible. El número de tropas empleadas en el cerco de la capital fue de solo 20 a 25.000 hombres, muy insuficiente para hacerse con una ciudad de casi tres millones de habitantes y una superficie urbana (839 km²) bastante mayor que Madrid (604 km²) e incluso que Nueva York³⁰. Por comparación, para capturar Mariupol (un poco más pequeña que Alicante), que se tomó en mayo, y contaba con unos 440.000 habitantes, el Alto Mando ruso debió utilizar 40.000 efectivos³¹. Más allá de los arrebatados relatos escritos por los exaltados analistas y militares occidentales, implicados en mayor o menor medida a favor de un bando en la guerra, un teniente coronel del Ejército chileno, profesor de la Academia militar, a miles de kilómetros de allí, explicaba en marzo de 2022 las bien conocidas limitaciones lógicas existentes para hacerse con una ciudad como Kiev³².

²⁸ «Ucrania captura y publica documentos rusos secretos con sus planes para la invasión», *Defensa y Aviación*, 2 de marzo de 2022 [consultable en red].

²⁹ «Putin no ataca Kiev porque es la Covadonga de los rusos», entrevista a Pedro Pitarch, por Francisco Carrión, *-El Independiente*, 11 de marzo de 2022 [consultable en red].

³⁰ «La invasión a escala española: ocho mapas para entender la dimensión de la guerra en Ucrania», por Alicia Alamillos, *El Confidencial*, 30 de abril de 2022 [consultable en red].

³¹ Baud (2022): p. 212

³² «Teniente Coronel del Ejército explica el avance de las tropas rusas», *Entrevistas y conversaciones*, canal T13 de la televisión chilena, YouTube, 5 de marzo de 2022

En efecto, los tanques nunca debían tomar una ciudad al asalto, no estaban concebidos para ello; antes de tomar Kiev, los rusos la cercarían durante un tiempo, en un teatro de operaciones urbano, el atacante debería tener una ventaja de 6 a 1 contra el defensor, llegando a 10 a 1 si se trataba de enfrentar una situación de insurgencia.

Y sin embargo, los rusos habían empeñado sus mejores y más nutridas unidades de ataque en la ofensiva contra Kiev, desde el norte y el este. ¿Qué explicación tenía ese movimiento? La respuesta la da la consideración de los objetivos operativos reales de los rusos: a) Llevar a la mesa de negociaciones al gobierno ucraniano lo antes posible; b) Obtener en el proceso el territorio necesario para unir los óblast del Donbas (Donetsk y Lugansk), prácticamente independizados desde 2015, y por tanto bajo influencia directa rusa, con la península de Crimea, anexionada por Rusia desde 2014. La ofensiva sobre Kiev fue una finta. Quizá no fue técnicamente perfecta - puede que contemplara la captura de Zelenski, en una forma parecida a como los Delta Force hicieron con Nicolás Maduro en Venezuela, en enero de 2026- pero lo cierto es que un mes después del asalto ruso, a finales de marzo de 2022, el gobierno ucraniano estaba dispuesto a sentarse a negociar un acuerdo de paz con Moscú. A la vez, la fuerte presión sobre Kiev fijó lo mejor del Ejército ucraniano en torno a la capital y sirvió como distracción para las conquistas territoriales en el sur. Sin esa artimaña, las tropas ucranianas, atrincheradas en el Donbas y más al sur, hubieran detenido a los rusos, en desventaja numérica y les hubiera infligido fuertes pérdidas. Dos años más tarde, ya se explicaba el presunto fracaso de la ofensiva rusa, en su primera etapa, gracias a su supuesta incapacidad de tomar la capital, dejando de lado cuidadosamente los 70.000 km² tomados en el sur, que aislaban a Ucrania del mar, y que unían al Donbas con Crimea, lo que incluía la ocupación de la central nuclear de Zaporíyia -la mayor de Europa, con sus seis reactores-, todo lo cual iba a conformar la palanca de presión de Putin.

Por lo tanto, el *storytelling* occidental relató las cosas justamente al revés: lo único que tuvo importancia, la única acción realmente decisiva de la invasión rusa fue la ofensiva sobre Kiev, que no se pudo completar. Eso determinó el fracaso de la “guerra de Putin”. La decisiva operación en el sur, no existió o no tuvo importancia, fue desdeñable.

Como se anotaba más arriba, el doble movimiento ruso en tenaza puso contra las cuerdas al gobierno ucraniano, que al cabo de un mes accedió a ir a la mesa de negociaciones, aunque ya desde los primeros momentos de la guerra hubo contactos en Bielorrusia, en Gomel y Brest. Por fin, a comienzos de marzo, intervino la diplomacia turca, apadrinando el encuentro, en Antalya, de los ministros de Exteriores ruso, Serguéi Lavrov, y su colega ucraniano, Dmitró Kuleba. Aquella ronda fue, contra todo pronóstico, productiva: de allí emergió un esbozo de acuerdo que, día tras día, fue tomando cuerpo. En paralelo, un actor inesperado se movía con sigilo. El ex primer

ministro israelí Naftalí Bennett volaba entre Kiev y Moscú, hablaba con Volodímir Zelenski y con Vladímir Putin, y regresaba con la impresión de que ambas partes deseaban un armisticio. A mediados de marzo, la paz parecía sorprendentemente cercana. El acuerdo en gestación se apoyaba en una idea vieja y pragmática: la “finlandización” de Ucrania. Kiev aceptaría la neutralidad militar, renunciaría a ingresar en la OTAN y a albergar bases extranjeras. A cambio, se le abría la puerta a la Unión Europea y se garantizaba su seguridad mediante Estados Unidos, Gran Bretaña y Turquía. Ucrania conservaría sus fuerzas armadas, aunque limitadas en tamaño y capacidad; el ruso recuperaría su estatus de lengua cooficial en las regiones rusófonas; Crimea quedaría en manos de Moscú, y el Donbás —Lugansk y Donetsk— seguiría siendo un territorio aparte, una herida congelada. Los rusos iniciaron su retirada de los alrededores de Kiev, como parte de las negociaciones en curso.

El 25 de marzo, exactamente un mes después del inicio de la invasión, el alto mando ruso anunció lo que presentó como un giro estratégico: los objetivos iniciales se daban por cumplidos y la llamada “operación militar especial” pasaría a concentrarse en el Donbás. Las fuerzas rusas se retiraron de las inmediaciones de Kiev y del frente norte —Sumy, Poltava, Járkov—, abandonando los escenarios concebidos para presionar y distraer, pero consolidando al mismo tiempo sus avances en el sur, desde Lugansk hasta Jersón y Mikolaiv. El repliegue fue rápido y metódico, casi quirúrgico. Moscú lo describió como un gesto de buena voluntad, una señal orientada a allanar el camino hacia un alto el fuego. En los círculos diplomáticos ya se hablaba de Estambul y del 28 de marzo como fecha probable para una paz cercana.

Washington, Londres y las capitales europeas estaban al corriente de esas negociaciones, auspiciadas por Turquía, miembro de la OTAN. Pero, como suele ocurrir en conflictos prolongados, el problema no era tanto la imposibilidad de la paz como su inconveniencia para quienes preferían que no llegara.

En ese marco, el 2 de abril la agencia France Press difundió informaciones sobre una supuesta masacre cometida por las fuerzas rusas en una localidad que habían controlado entre el 27 de febrero y el 31 de marzo. La denuncia escaló con rapidez hasta convertirse en un escándalo internacional: se hablaba de unos 420 civiles asesinados y torturados. Los medios occidentales adoptaron el relato sin apenas matices. Volodímir Zelenski y otros altos cargos ucranianos viajaron a Bucha e hicieron declaraciones de tono inflamatorio. El ministro de Exteriores, Dmytro Kuleba, que apenas semanas antes se había reunido con Serguéi Lavrov en Antalya, afirmó que se trataba de la peor matanza en Europa desde la Segunda Guerra Mundial³³. El 8 de abril, Ursula von der Leyen y Josep Borrell se convirtieron en los primeros dirigentes occidentales —de muchos— en visitar el lugar y expresar su consternación ante las cámaras. A

³³ «La matanza de Bucha muestra la barbarie de la guerra de Putin», por Luis de Vega, *El País*, 3 de abril de 2022 [consultable en red].

partir de entonces, el tono político cambió de forma sustancial. La masacre parecía confirmar que la guerra no sería breve y que el conflicto había ido mucho más allá del precedente georgiano de 2008, resuelto en cuestión de días. En apenas cuarenta jornadas, Ucrania ofrecía, según este relato, la imagen de una guerra marcada por el odio, la brutalidad y una supuesta lógica de exterminio. En ese contexto, negociar con Rusia pasaba a considerarse moralmente inaceptable.

Veinticuatro horas después de la visita de Von der Leyen y Borrell, apareció en Kiev el entonces primer ministro británico, Boris Johnson, apodado “Bojo”, con su habitual aire desaliñado. El viaje se anunció como secreto, pero fue convenientemente filtrado a la prensa. Johnson atravesaba por entonces una crisis política permanente, tras los escándalos de las fiestas en Downing Street durante la pandemia y su trato impropio al personal subalterno³⁴. Un golpe de visibilidad internacional resultaba oportuno, y sus repetidos viajes a Kiev —casi siempre sin previo aviso— contribuyeron a ello. Al mismo tiempo, empezaba a perfilarse una inclinación por el protagonismo grandilocuente, más propia del cine que de la diplomacia³⁵:

“El desvarío británico deja perplejos incluso a los estadounidenses, que no esperaban tanto. Hubiera bastado el seguidismo habitual, como Blair cuando se unió a Bush en la segunda guerra de Iraq. El trágico reverso de esta bufonada: aunque los británicos no tengan mucho material que enviar, sin embargo, presionan para que se intensifique la guerra en cada fase. Cuando, tras la primera ofensiva rusa, Zelenski parecía dispuesto a hablar con Putin, Boris Johnson fue uno de los que le convenció para que no negociara, encerrándole para siempre en su papel de contendiente”

Por su parte, el primer ministro aterrizó en Kiev justo un día después de la llegada de Ursula von der Leyen y Josep Borrell, con el propósito evidente de subrayar la distancia entre la mera indignación protocolaria de la Unión Europea y la actitud supuestamente «resolutiva» y activa del Reino Unido. En aquel momento, el gobierno conservador aprovechaba cualquier ocasión para exhibir que el Brexit —consumado dos años antes— no había debilitado el papel británico en Europa; al contrario, se sugería que lo había fortalecido y que había llegado la hora de ajustar cuentas con Bruselas y hacerle pagar el precio de su desdén. Lo explica el mismo Boris Johnson en sus memorias³⁶:

“Para cuando llegué a Kiev, el mundo podía ver las atrocidades que los rusos ya habían cometido en Bucha y otros lugares. No creo que ningún líder ucraniano, Zelenski o cualquier otro, hubiera podido aceptar un acuerdo de paz y sobrevivir más de cinco minutos en el cargo. Mi función no era evitar un acuerdo ni echar por tierra el hermoso “plan de paz” de Putin. Mi trabajo consistía simplemente en asegurarle a Zelenski el apoyo occidental, y sobre todo el del Reino Unido. Dados los horrores que

³⁴ «Boris Johnson se reúne con Zelenski en Kiev», por Rafa de Miguel, *El País*, 9 de abril de 2022 [consultable en red].

³⁵ Todd (2024): p. 169

³⁶ Johnson (2024): p. 673

sufrieron los ucranianos en lo que no es solo una lucha por la independencia de su país, sino una lucha universal por los valores occidentales, era lo mínimo que podía hacer”.

La OTAN no estaba dispuesta a aceptar la firma de un acuerdo de paz apenas un mes después del inicio de la invasión. Ucrania en 2022 no podía convertirse en una nueva Georgia de 2008; no debía serlo. Todo el relato construido desde febrero de 2022 apuntaba hacia una narrativa mayor: la supuesta restauración de la Unión Soviética —¡el propio Biden lo había afirmado!—, la necesidad de proteger a los países bálticos, a Polonia, a Europa oriental, al bloque occidental en su conjunto. Esa era la historia que se repetía de forma obsesiva desde los medios y los discursos oficiales, y pobre de quien se atreviera a cuestionarla. En ese marco, la OTAN reaparecía como una pieza indispensable, creada en 1949 para defender al mundo libre y llamada ahora a cumplir de nuevo esa misión en una nueva Guerra Fría que la *parrot press* proclamaba sin descanso. Esta vez, se decía, no solo estaba en juego la credibilidad de la Alianza Atlántica, sino su propia razón de ser.

¡Porque si Ucrania cae, será un desastre para Occidente! ¡Esto pondrá fin a la hegemonía de Occidente! Y no tendremos a nadie a quien culpar excepto a nosotros mismos³⁷

Esto era lo que proclamaba, dos años después, Boris Johnson en primera persona, mientras los *tories* se precipitaban hacia el descrédito definitivo tras una sucesión de gobiernos desastrosos. En paralelo, en Ucrania la guerra evolucionaba cada vez peor para la OTAN, la hegemonía occidental y su sistema de valores quedaban abiertamente cuestionados, y la ultraderecha israelí perpetraba una matanza tras otra en Gaza —como la de Bucha, pero sin ocultarse—, ante las cámaras y frente a la vergonzosa pasividad, cuando no abierta complacencia, de las grandes potencias que decían proteger el orden internacional.

La semana siguiente, entre el 2 y el 8 de abril, una revista londinense decidió dirigirse al mundo mediante una imagen. En la portada de *The Economist* aparecía el rostro fatigado, casi descuidado, de Volodímir Zelenski, acompañado por un titular que no dejaba espacio para la ambigüedad: «*Por qué Ucrania debe ganar*». No se trataba de una pregunta, sino de una consigna envuelta en diseño elegante. Inglaterra explotaba hasta el límite la figura que ella misma había contribuido a moldear: la del presidente que se negó a evacuar Kiev y que, con ese gesto, habría logrado movilizar a toda la nación.

Regresaba así el Zelenski de las redes, el *influencer* de la guerra que grababa vídeos nocturnos rodeado de “sus hombres”, todos vestidos de verde oliva, frente al edificio presidencial, prometiendo resistir hasta el final. La escena daba impresión de espontaneidad, pero no lo era. Aquella noche en Kiev había sido añadida posteriormente

³⁷ @victop55, en X, 17 de abril de 2024.

como un decorado digital: el mensaje se había filmado ante un fondo neutro, un simple croma. Ni siquiera estaba claro que el presidente se encontrara entonces en la capital. Pero en tiempos de guerra, la verdad es un material secundario. Lo decisivo es la imagen. Los expertos en propaganda transformaron el asedio instrumental de Kiev en un mito inmediato: Zelenski pasó a ser el “Churchill en camiseta”, apodo pronunciado a medio camino entre la broma y la veneración, por su insistencia en aparecer con una camiseta caqui que, con el paso de los días, derivó en un vestuario paramilitar cada vez más elaborado.

El 2 de abril, un periodista de un medio alternativo estadounidense contempló la escena con incredulidad y escribió: «Este es el belicismo más desatado y furioso que he visto en *The Economist* en mucho tiempo». No exageraba. La revista publicaba una entrevista con Zelenski en su supuesto búnker y reforzaba el mensaje en su editorial: «Una victoria decisiva podría transformar la seguridad de Europa». Todo quedaba así fijado. Se presentaba a un presidente investido de una misión casi sobrehumana: derrotar a Vladímir Putin. El esquema narrativo era elemental y familiar: el actor joven y aparentemente inofensivo se convertía en presidente y, sin transición, en superhéroe; su adversario, en supervillano. Clark Kent transformado en Superman. Un modelo infantil, pero eficaz, porque millones ya lo habían aprendido en el cine y la televisión. Ahora se reforzaba con un eslogan de marketing político tan simple como contundente: «¿Por qué los ucranianos deben rendirse?».

La campaña a favor de prolongar la guerra se sostenía sobre dos “verdades” difundidas por la maquinaria propagandística angloamericana y elevadas a la categoría de dogma. La primera: que la invasión rusa había fracasado, que su ejército, anticuado y torpe, había sufrido pérdidas irreparables. La segunda: que esa situación podía revertirse mediante un envío masivo de armas occidentales a Ucrania. Como argumento final, se añadió la retirada rusa de los alrededores de Kiev y del noreste del país, a partir del 1 de abril. La propaganda ucraniana, amplificada por sus aliados, la interpretó como una huida provocada por la incompetencia rusa, evocando aquella “fatiga crítica” de los soviéticos que John Hackett había imaginado en su novela de ficción bélica.

De pronto, el colapso de Putin y de su régimen parecía cercano, casi inevitable. La historia, sin embargo, rara vez se desarrolla como un cómic. Pero en esos días de abril, millones de personas estaban dispuestas a creer que sí. La guerra de Ucrania era la primera contienda de gran envergadura —capaz, de hecho, de desembocar en una guerra total y en la destrucción planetaria— que se narraba en buena medida con el apoyo constante de las redes sociales. Eso incluía la creación de gigantescas

burbujas narrativas, productoras de visiones cerradas y excluyentes del conflicto, en las que sus seguidores creían de forma acrítica, firme y ostensiblemente dogmática³⁸.

En el arranque de la primavera de 2022, el relato de la matriz Hackett parecía haberse cumplido con precisión: el empuje ruso había sucumbido a propia envergadura inoperante. Se había estrellado contra Kiev y como consecuencia, las tropas rusas se habían retirado, derrotadas ante el empuje ucraniano. Comentar que ese movimiento había sido un gesto de buena voluntad para afianzar las conversaciones de paz en Estambul era, pura y simplemente, un anatema. Y así siguió siendo durante bastante tiempo. Ni siquiera se tomaba en consideración que ese cartucho se había gastado, que no tenía sentido mantener un despliegue tan enorme de unidades rusas en torno a Kiev, cuando lo importante -el control de los óblast de la costa ucraniana- ya se había conseguido.

El *storytelling* occidental cobró fuerza con la ofensiva ucraniana de verano, que arrojó las posiciones rusas en el este y el suroeste. Los ataques, simultáneos y a veces alternativos en los extremos de un frente tan extenso, recordaba los golpes de un boxeador profesional, izquierda, derecha, directo, jab. También es cierto que su planificación no parecía obra del alto mando ucraniano, sino de los asesores de la OTAN, que recuperaban el recurso a las rápidas rupturas del frente con veloces incursiones en profundidad a base de vehículos ligeros, como los Humvees y Bradleys y a la sorpresa táctica que aportaron en un primer momento los lanzacohetes móviles de alta precisión HIMARS, suministrados por los estadounidenses.

El momento álgido de la ofensiva ucraniana tuvo lugar a mediados de octubre, cuando sus tropas se plantaron ante la ciudad de Jersón, que terminaron tomando un mes más tarde, una vez que los rusos evacuaron la localidad. Y a partir de ese momento, la guerra dio un giro de ciento ochenta grados, desestabilizando el *storytelling* otanista, hasta terminar por romperlo un año más tarde, en octubre de 2023. Ese periodo determinó la tercera fase de la guerra de Ucrania y vino marcada, de forma esencial, por un par de factores que gestionaron los rusos y les dieron la iniciativa en el campo de batalla.

Primer factor: la tecnología masiva, barata, poco sofisticada pero eficaz: los drones suicidas iraníes Shahed 136, rebautizados por los rusos como Geran-2. Lentos, ruidosos, con cabezas explosivas limitadas, contribuyeron a dar consistencia a la ofensiva aérea rusa contra las infraestructuras críticas ucranianas – militares, de tecnología informativa, energéticas y de transporte, así como puertos marítimos y aeropuertos a base de cohetes, misiles o bombas planeadoras que golpearon al país en profundidad, dejándolo, cada vez más, contra las cuerdas. Y lo peor era que los sistemas de defensa antiaérea entregados por los occidentales no lograban impedir que el cielo

³⁸ Vilarrolla (2019) posición 114

se les cayera encima a los ucranianos. En parte porque su número era insuficiente, ante el incremento de los ataques masivos rusos. Pero también porque los nuevos misiles hipersónicos, como el Kh-42Mz Kinzhal, no podían ser derribados ni por los sistemas occidentales más modernos.

Así que la campaña rusa de bombardeos del otoño e invierno de 2022 enterró el sinfín de bobadas chistosas que había vertido la propaganda occidental y algunos irreflexivos estadistas sobre la mermada capacidad tecnológica rusa y sus carencias productivas. Pero, además, las oleadas de Geran-2 producidos en grandes cantidades y lanzados al aire de cinco en cinco desde cualquier camión de tonelaje medio, activaba una de las pesadillas más inquietantes de la mentalidad occidental. Desde finales del siglo XIX, era un axioma que la diferencia tecnológica entre los todopoderosos occidentales y los pueblos africanos y asiáticos era la clave para la expansión imperialista. De vez en cuando, los sojuzgados podían utilizar armas occidentales obtenidas por contrabando, aprovechar con ventaja la geografía del propio país -caso de los talibanes en Afganistán- o recurrir a las chapuzas, como cuando los serbios amontonaban microondas doméstico para confundir a los radares de la OTAN, en 1999. Sin embargo, en 2022, los cutres Shahed se habían convertido en verdaderos *game changers* que descolocaban a la sofisticada tecnología militar occidental, la cual se había presentado como tal. Y no tanto por sus efectos reales en campañas de bombardeo de aquellas semanas, sino por la perspectiva terrorífica que parecía abrir en un futuro próximo: los iraníes y coreanos del norte produciendo versiones baratas y en grandes cantidades de las armas de alta gama occidentales. Una versión actualizada del viejo miedo de los europeos a las invasiones de las hordas asiáticas, con su propia tecnología militar; desde los arcos compuestos de la Edad Media a los drones y misiles que en el siglo XXI hacían posible una guerra de alta intensidad con armas baratas.

Segundo factor: el cambio de estrategia de los rusos. La operación de castigo lanzada por Putin en febrero de 2022, había sido pensada para concluir con rapidez llevando al gobierno ucraniano a la mesa de negociaciones cuanto antes. Pero los angloamericanos -en primera instancia- y Bruselas, habían desbaratado esa maniobra a primeros de abril. Lo cual, a su vez, impulsó un cambio de estrategia desde el bando ruso. Era cuestión de hacerse a la idea de que la guerra iba para largo, porque el nuevo objetivo ya no podía ser el de negociar con Zelenski la “finlandización” o neutralización estratégica de Ucrania. Ahora se trataba de hacer realidad esa neutralización por vía militar, destruyendo la maquinaria militar ucraniana y sus infraestructuras críticas, además de provocar cambios sociales de consideración en el país, generando una emigración masiva de su población activa. La campaña estratégica de bombardeos formaba parte de ese cambio estratégico, pero en Rusia se notó, sobre todo, en la llamada al reclutamiento, el 21 de septiembre de 2022.

Recordémoslo: las fuerzas rusas empujadas en la ofensiva de castigo contra Ucrania, en febrero de ese mismo año, no pasaban, como mucho, de los 200.000 soldados -cómputo de mínimos: 120.000- que si bien era una cifra importante, debía enfrentarse a los 240.000 efectivos del Ejército ucraniano en esas fechas. Durante el verano, el gobierno movilizó a unos 700.000 soldados, con los que efectuó las ofensivas de Jersón y Jarkov. Si los rusos optaban por desarrollar una guerra de desgaste o atrición, debían subir su apuesta, que se cifró en movilizar a unos 300.000 soldados.

La movilización parcial generó malestar social en Rusia, que Putin trató de amortiguar evitando la movilización masiva y la guerra abierta contra Ucrania. Debe recordarse que el presidente ruso había logrado cerrar la desastrosa era Yeltsin (1991-1999) mejorando la situación económica en Rusia y logrando la estabilización social. De ahí que la “operación militar especial” de 2022 buscara un resultado rápido, que no era la ocupación territorial de toda Ucrania, lo cual hubiera sido una ruina para Rusia. Con la negociación de un desarme y la neutralización estratégica del enemigo hubiera sido suficiente, incluyendo una inversión asumible en bajas propias y armamento.

En consecuencia, la continuación de la guerra a mayor escala a partir del verano de 2022 fue una maniobra compleja y delicada que supuso no solo una mayor implicación social para los rusos, sino también un replanteamiento estratégico y la puesta en marcha de una economía de guerra con la consiguiente modernización del armamento y su producción en masa.

Deriva hacia la *rusofrenia* y golpe mortal del *turbo trile* de Trump

De esa forma, se puso en marcha la “picadora de carne”, o estrategia concebida para provocar enormes pérdidas a la maquinaria militar ucraniana, minimizando las bajas en las propias fuerzas. Para ello no era necesario lanzar grandes ofensivas en profundidad, sino tan sólo esforzarse en desarrollar tácticas de desgaste en los ataques contra las ciudades fortificadas del enemigo: Bajmut, Avdiika, Pokrost. En esas acciones, la artillería, los cohetes, misiles y bombas planeadoras de gran tonelaje se revelaron esenciales: la gran mayoría de las bajas ucranianas lo fueron por estos medios, sin llegar a ver al enemigo ruso. Por lo tanto, el esfuerzo de guerra se concentró en la batalla de la producción, que los rusos ganaron ampliamente -contra los ucranianos pero también contra las potencias de la OTAN- a lo largo de 2023.

La prueba final de que los rusos habían ganado la guerra —aunque no hubiera negociación ni paz— pudo obtenerse durante el verano de 2023, con el contundente fracaso de la ofensiva ucraniana destinada a liberar los territorios ocupados, incluida Crimea. Allí se estrellaron las armas occidentales que debían “cambiar las reglas del juego” y traer la victoria. Se vinieron abajo las promesas de un triunfo asegurado, y

quedó al descubierto una verdad incómoda: la capacidad rusa para producir municiones y material de guerra superaba ampliamente, con mucho, a la de las fábricas europeas e incluso a la de las estadounidenses. Y además, las capacidades tecnológicas e innovaciones tácticas en el campo de batalla eran ya imbatibles para los occidentales, como quedó comprobada tras la batalla de Kursk (agosto de 2024-abril de 2025) y en la campaña estratégica de bombardeo aéreo del invierno de 2025 a 2026. La legendaria capacidad de adaptación rusa había vuelto a triunfar en una guerra de alta intensidad.

Descubrirlo fue un chasco histórico, un momento de súbita claridad que quedó rematado por la guerra de contrainsurgencia desencadenada por Israel contra Hamás en el enclave palestino de Gaza, a partir del 7 de octubre de ese mismo año. Esta nueva guerra *proxy* obligó a Estados Unidos a repartir sus suministros armamentísticos entre Ucrania e Israel, con una preferencia evidente por este último. Y, por si fuera poco, el carácter abiertamente genocida de la ofensiva israelí —con la matanza sistemática de población civil, incluyendo niños como objetivos “legítimos” — dejó en evidencia que los rusos habían sido mucho más selectivos con los ucranianos, a quienes seguían considerando pueblos hermanos eslavos, incluso cofundadores históricos de la patria rusa. En cualquier caso, el relato articulado en torno a Bucha había quedado desmontado.

Para terminar de arreglarlo, Putin fue declarado criminal de guerra por la Corte Internacional de Justicia, pero también lo fueron Netanyahu y algunos de sus ministros de ultraderecha. Con el agravante de que el presidente Zelenski era admirador del primer ministro israelí. En consecuencia, el *storytelling* occidental quedó roto y condenado a repetirse disfuncionalmente a sí mismo: absurdos destinados a convencidos y fanáticos, o bien reducido a lo que, ya hace una década, se dio en llamar *rusofrenia*³⁹, esa oscilación perpetua consistente en presentar alternativamente a los rusos como patanes y perdedores por naturaleza y al día siguiente como sibilinos maestros de la guerra híbrida; brutos eficientes siempre dispuestos a invadir Europa, como si fuera una especie de obsesión genética, inevitable.

En términos históricos, la *storytelling* construida en torno a la guerra de Ucrania hubiera quedado como la versión corregida y ampliada -muy ampliada- de aquella que se creó para sustentar el bombardeo de Serbia por la OTAN durante la guerra de Kosovo, en 1999. Pero la amplia victoria electoral de Donald Trump en noviembre de 2025 terminó por contorsionarla hasta extremos grotescos, cuando el nuevo presidente americano comenzó a aplicar su política del *turbo trile*⁴⁰, esto es, a romper la

³⁹ “*Russophobia*: the West’s favourite delusion about Russia”, por Brian McDonald, en Substack, 2 de Agosto de 2025 [consultable en red]. McDonald acuñó el término en 2015.

⁴⁰ El trile es una estafa vehiculada a partir de un juego de apuestas callejero, en la cual el apostante debe acertar con la posición de una bolita que es movida por el operador por medio de unos cubile-

lógica de la situación estratégica tradicional heredada de la presidencia Biden -los EEUU como potencia hegemónica global- para sustituirla por toda una serie de objetivos nuevos, constantemente heterogéneos, que debían dar pie a nuevas negociaciones oportunistas con aliados y enemigos. Una política así, marcadamente populista, tendente a hacer frente a los problemas financieros de los Estados Unidos derivados de una posición hegemónica que ya no podía mantener y a desmontar una globalización neoliberal insostenible.

Dentro de ese esquema, la guerra de Ucrania fue quedando como un conflicto sin solución de continuidad, que Washington transformaba en un negocio vinculado a la venta de material militar a la Unión Europea, especialmente a Alemania, que contribuía con sus propias entregas de armamento. Otros países de la UE estaban también implicados en este mercado, pero Alemania había generado una curiosa complicidad -o dependencia- con los Estados Unidos a raíz del sabotaje y voladura de los gasoductos Nord Stream 1 y 2, verdadero cordón umbilical de la economía alemana el 26 de septiembre de 2022, es decir, cuando existían las mayores expectativas de ganar la guerra contra Rusia en el campo de batalla ucraniano. Este suceso, que tuvo una importancia central en la guerra de Ucrania, se mantuvo al margen del *storytelling* que se ha diseccionado aquí porque constituía una pista muy reveladora del error que había cometido el Viejo Continente al embarcarse en una contienda que, ya bajo la presidencia de Biden o la de Trump, con Putin en Rusia o sin él, tenía como objetivo, precisamente, eliminar la competencias europea -un mercado de 450 millones de habitantes, el 5,5% de la población mundial- en un mundo en el que la globalización había fracasado definitivamente tras la pandemia del COVID-19.

Esa situación quedaba patente en enero de 2026, cuando el presidente Trump llegó a enfrentarse directamente a la Unión Europea por sus agresivas demandas de anexión de Groenlandia. Incluso la denominada “Coalición de los dispuestos”, el atildado grupo que componían los estadistas europeos Macron, Starmer y Merz para sustentar al presidente ucraniano Zelenski, y la continuidad de la guerra en Ucrania, terminó por percatarse del ridículo que suponía seguir proclamando que Putin era el enemigo número uno de Europa, mientras ofrecían su dubitativo apoyo a Dinamarca para intentar evitar la obstinación de Trump en anexionarse Groenlandia. Y ello sin que cobrara forma ningún *storytelling* que explicara claramente para qué necesitaba el presidente americano, con tal urgencia, la gran isla del norte. En realidad, a esas alturas, el mismo Trump había dejado muy claro que su política de presiones simultáneas en diversos frentes y ámbitos, su *turbo trile*, no necesitaba para nada del *storytelling*; por el contrario, incluso resultaba contraproducente.

tes. La cambiante política de presiones del presidente Trump se podía comparar con la propuesta de una serie de agobiantes partidas continuadas, un verdadero *turbo-trile*. Vid: Veiga (2025): pp. 440 y ss.

Conclusiones

La guerra de Ucrania, en sus fases iniciales, revela cómo, a la hora de generar una *storytelling*, los medios y redes sociales occidentales, en general, y las anglo-americanas en particular, resultan inicialmente muy eficientes. Todo se basa en su enorme peso, en su potencia de difusión y evaporación de los circuitos mediáticos mundiales. Las cabeceras de los grandes rotativos, las cadenas de televisión más célebres, las agencias de prensa más respetables, tenían campo despejado para pontificar con trazo grueso, practicar el doble rasero a caño libre, ningunear sin disimulo o incluso según, se terciaba, inventar con descaro. Todo ello siempre que se ajustara a las grandes líneas del *storytelling* oficial. Estas se trazaban y actualizaban a partir de las discretas conexiones con los órganos de gobierno e inteligencia, una de cuyas funciones principales ya no es sólo espiar, sino también generar relato y vigilar su difusión. Durante la guerra de Ucrania, el control se extendió a las redes sociales e incluyó una creciente y alarmante censura activa. Ello implicó que compañías privadas, las dueñas de las diversas modalidades de redes sociales, accedieron a censurar y castigar a los usuarios que traspasaran ciertos límites. En algunos países, y más especialmente en Gran Bretaña, se produjeron muchas detenciones por “mensajes inapropiados” en redes sociales, en relación a la guerra de Ucrania⁴¹.

A medio y largo plazo, este tipo de prácticas resultaban muy perjudiciales para la credibilidad del bando occidental, por cuanto su *storytelling* desarrollado durante la guerra de Ucrania tenía vocación de alcance global y por ello debía convencer a todo el mundo -potencialmente incluso a los mismos rusos- creando un relato que perdurase en el tiempo- Idealmente, estaba pensado para ser histórico, la única versión válida de lo que sucedió; y por ello, debía de ser robusto, resiliente, difícil de ser desmontado con facilidad. Y mucho menos, que él mismo se quemara víctima de grandes contradicciones sistémicas, como las que terminó por generar Donald Trump, aunque con ayuda de los muy ineficaces estadistas europeos.

⁴¹ La culminación de esta política fueron las sanciones impuestas en 2025 a Jacques Baud, experto analista suizo, ex coronel y oficial del Servicio de Inteligencia de la Confederación Suiza, por “implementar o apoyar acciones o políticas atribuibles al Gobierno de la Federación de Rusia que socavan o amenazan la estabilidad o la seguridad en un tercer país (Ucrania) mediante el uso de manipulación e interferencia de la información”. Las sanciones, impuestas directamente desde Bruselas sin juicio previo, prevén la congelación de activos de las personas sancionadas, la prohibición de entrada al territorio de la UE y la prohibición de ponerles fondos a su disposición. Vid., a este respecto: “La UE sanciona al experto en inteligencia suizo Jacques Baud”, Gaceta Crítica (blog), *The Delphi Initiative*, 21 de diciembre, 2025

El *storytelling* ruso, por el contrario, se confundía más con la *maskirovka*, el engaño militar. Y estaba destinado a la propia población rusa o a confundir al enemigo en el campo de batalla. De otra parte, lo generaba un régimen más estatalizado, que poseía más margen de maniobra: podía hacer y deshacer con más facilidad y controlaba filtraciones indeseadas y contradicciones demasiado gruesas. De hecho, podía ocultar con eficacia aquellos datos o sucesos que le interesaba reservar para desvelar en el momento adecuado, como fue el caso, por ejemplo, de los voluntarios norcoreanos que combatieron en el saliente de Kursk en el otoño de 2024 y cuyas actividades resistieron el escrutinio de la inteligencia militar ucraniana -y de las potencias occidentales-, que no pudo demostrar fehacientemente su presencia hasta que los mismos rusos la desvelaron.

Para concluir, ya a la vista de la experiencia generada durante la guerra de Ucrania, es fácil caer en la tentación de considerar que el *storytelling* lo es todo; y es cierto que puede ser muy importante; pero más allá de la narración en la que todo debe encajar de forma conveniente, la realidad de los datos y los resultados todavía cuenta. Muy especialmente, en una guerra, en la que se acumulan destrucciones, gastos y pérdidas de vidas humanas de manera bien patente. Como en un combate de boxeo, uno gana, otro pierde o ambos pierden, por puntos o por KO. Una *storytelling* resulta especialmente eficaz en guerras cortas y contundentes, como las desarrolladas por Israel entre 1948 y 1973; o más recientemente, durante el bombardeo de Serbia y Kosovo por la OTAN en 1999, en una campaña de 78 días de duración. En las modernas guerras de atrición, que se prolongan durante años, la *storytelling* termina desgastándose y, lo que es peor, generando un efecto contrario al buscado, al degradar la imagen del promotor. Tales son los casos de la guerra del Vietnam (1965-1975), la presencia de los Estados Unidos y la OTAN en Afganistán (2001-2021, veinte años); o la participación de fuerzas de los Estados Unidos en conflictos de Oriente Medio, como Irak (2003-2011). En todos esos casos, los Estados Unidos perdieron tanto la guerra como, lógicamente, la batalla del *storytelling*.

Pero hay todavía algo más contraproducente, la kriptonita del *storytelling*, algo peor que no tenerlo: improvisarlo. En palabras de un reconocido analista en redes sociales, Arnaud Bertrand (@RnaudBertrand):

“Creo firmemente que este tipo de tergiversación orwelliana de la realidad es una de las razones clave, sino LA razón clave, de la decadencia de Occidente y de Europa en particular. Por eso todas sus acciones parecen completamente desconectadas de la realidad. ¡Porque lo están! Cuando tomas decisiones basadas en mentiras que te dices a ti mismo, no te sorprendas si esas decisiones conducen a resultados desastrosos y te atrapan en un círculo vicioso donde las narrativas falsas impulsan decisiones políticas deficientes, que luego requieren una información aún más distorsionada para justificar sus fracasos”⁴².

⁴² @RnaudBertrand en X, 29 de marzo de 2025, 4:57

En este mismo sentido abundaba Alastair Crooke, un ex diplomático británico y de la UE, además de oficial del MI6:

“Occidente ha llegado a considerar que apropiarse del relato ganador -y presentar el del Otro como torpe, disonante y extremista- es más importante que enfrentar los hechos sobre el terreno. Apropiarse del relato ganador es ganar, según esta visión. La “victoria” virtual, por lo tanto, triunfa sobre la realidad “real”.

El punto aquí es que este enfoque -al ser una función del alineamiento de toda la sociedad (tanto en el país como en el extranjero)- crea trampas en falsas realidades, falsas expectativas, de las cuales una salida (cuando se hace necesaria) se vuelve casi imposible, precisamente porque el alineamiento impuesto ha osificado el sentimiento público. La posibilidad de que un Estado cambie de rumbo a medida que se desarrollan los acontecimientos se ve limitada o se pierde, y la lectura precisa de los hechos sobre el terreno vira hacia lo políticamente correcto y se aleja de la realidad”⁴³

En efecto, Rusia había ido a la guerra y perdido un incalculable número de efectivos para cumplir con los siguientes objetivos de victoria, ninguno de ellos territorial:

a) Neutralizar a Ucrania en sentido literal, esto es *finlandizarla*, desactivarla como una avanzadilla de la OTAN;

b) Dejar en evidencia que la Alianza Atlántica no tenía capacidad militar ni voluntad o moral de combate para enfrentarse a Rusia en una guerra abierta.

Ambas cosas las consiguió, en el campo de batalla, mediante *maskirovka* y tácticas de guerra de atrición. Fijando sobre el terreno a las unidades de reserva ucranianas en Kiev, mientras se privaba a Ucrania de la salida al mar, excepto por Odesa; inmovilizando y diezmando a un importante número de brigadas enemigas; causando un elevado número de bajas a las unidades ucranianas en la malograda ofensiva de verano de 2023; amarrando y destruyendo a las mejores unidades ucranianas —y las más fanáticamente ultras— y a los voluntarios de la OTAN en Kursk. Y destruyendo de forma masiva infraestructuras vitales para el país mediante bombardeos estratégicos que en el invierno de 2026 dejó a decenas de miles de ucranianos sin calefacción mientras la temperatura caía a -25°. Aún así, el presidente Zelenski intentaba negociar algún acuerdo de paz que no dejara a Ucrania como perdedora neta; es decir, buscando desesperadamente validar hasta el final el *storytelling* que él mismo había ayudado a representar durante cuatro años. Para ello, seguía contando con la colaboración de *warmongers* europeos y estadounidenses dispuestos a persistir de forma pasmosa en defender las estrategias de la guerra imaginaria en la que se habían metidos ellos mismos y que, por si fuera poco, ni siquiera era novedosa⁴⁴. Ya vimos

⁴³ «The Western Way of War: Owing The Narrative Trumps Reality» por Alastair Crooke, en *EurasiaReview*. 29 de agosto de 2024 [consultable en red]

⁴⁴ De hecho, se regresó a fórmulas y temas que eran reediciones de restos del *storytelling* de 2022. Por ejemplo, la supuesta compulsión agresiva de los rusos explotada con todo detalle ante un 20a posible agresión rusa de los Países Bálticos (“un escenario más que probable”) en 2028, por Carlo

cómo la obra del general Sir John Hackett, creía a pies juntillas en que el final de toda guerra contra Occidente llevaría, indefectiblemente, al triunfo del relato, con el derrocamiento del enemigo villano de turno.

Y así pareció ser, desde 1989, en los casos de Noriega, Saddam Hussein, Milošević Gadafi, Yanukovich y Bashar al-Asad. Pero no fue el caso de Castro, Chávez, Jomeini y el resto de los ayatolás iraníes, Ahmadineyad, Lukashenko, y, desde luego, Putin. ¿Lo fue en el caso de Nicolas Maduro, depuesto *manu militari* por los estadounidenses y capturado el 3 de enero de 2026? Pues no exactamente, porque esa acción ya no formaba parte del caducado *storytelling* de matriz Hackett que Zelenski pretendía mantener vivo fuera como fuera, asociándolo a la supervivencia de una OTAN herida de muerte por las derrotas militares en Ucrania y el *bullying* del mismo Trump con Groenlandia, todo acaecido por esas mismas fechas, en enero de 2026.

La importancia del *storytelling* desarrollada en torno a la guerra de Ucrania no es un asunto baladí. Esa contienda ha sido la más importante vivida en Europa desde la Segunda Guerra Mundial y, de hecho, es el centro, el punto de giro, en el sistema de relaciones internacionales tras el colapso de la globalización neoliberal. Por lo tanto, el “invento de una guerra paralela” que supuso el *storytelling* de 2022 supuso un síntoma grave de que en Occidente se estaba recurriendo al mecanismo de la hipernormalización, descrito por Adam Curtis en su documental homónimo de 2016. Este autor, a su vez, toma prestado el concepto del antropólogo ruso Aléxei Yurchak, quien describió una situación paradójica del socialismo tardío⁴⁵. Por entonces, la mayoría de la población y de las élites sabía que el sistema no funcionaba realmente; pero nadie podía imaginar una alternativa viable. Por tanto, todos continuaban actuando como si el sistema fuese normal, manteniendo rituales, discursos y prácticas vaciadas de contenido.

“Cuando el sistema soviético empezó a agonizar, su muerte definitiva no cupo en la cabeza de la sociedad ni en la de sus élites. Más bien al contrario, ese desplome sucedió a la sombra de un pacto implícito entre la Nomenklatura y la gente común para desviar la mirada y seguir con la inercia. Semejante indolencia, compartida ante el desastre, es descrita con un término inequívoco: *hipernormalización*”⁴⁶

De esa forma, el *storytelling* de la guerra ucraniana se convierte en la depuración más concentrada y tóxica de la hipernormalización vivida a la occidental, intentando sobrevivir incluso mientras el sistema entra en crisis, ya nadie sabe por qué la guerra en Ucrania se prolonga a base de seguir manteniendo la ficción de que Rusia sigue siendo el enemigo de la Guerra Fría, de que la matriz Hackett se repetirá de nuevo

Masala (2026)

⁴⁵ Yurchak (2024). La obra original se publicó en inglés en 2006.

⁴⁶ “Hipernormalización”, por Iván de la Nuez, en: *Palabra pública. Universidad de Chile* [blog], 10 de octubre de 2024 [consultable en red].

tarde o temprano, e incluso de que cualquier fallo estructural de ese sistema es debido a la ilimitada e inexorable capacidad conspirativa de los rusos: ¿Acaso Jeffrey Epstein no fue un espía ruso?⁴⁷

Referencias

- Baud, Jacques (2022), *Opération Z*, Max Milo, Paris
- Baud, Jacques (2025), *Guerras secretas en Ucrania*, Max Milo, 2025
- Brzezinski, Zbigniew (1998), *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Paidós
- Brzezinski, Zbigniew (2012), *Strategic Vision. America and the Crisis of Global Power*, Basic Books, NY
- Esteban Ceballos., Arturo (2026), *Estrategias híbridas y manipulación del umbral del conflicto*, Ed. Colex
- Goya, Michel (2022), *Confrontation en Ukraine (2014-2015). Une analyse militaire*, Kindle Ed.
- Hackett, Sir John (1982), *The Third World War; The Untold Story*, Sudgwick & Jackson Ltd. [Kindle ed.]
- Hurska, Alla (2015), “Two images of radicalism in Ukraine. From Scandinavia to the Caucasus”, en: *Tiempo devorado*, monográfico: “Entre el Mar Báltico y el Mar Negro”, Nr. 1, Diciembre 2014, pp. 39-62 [consultable en red]
- Hines, Sam (2016), *Operation Unthinkable. Its significance in the development of Cold War*, GRIN Verlag
- Johnson, Boris (2024), *Unleashed*, William Collins, London & Dublin [Kindle ed.]
- Loriega, James (2022), *Maskirovka: A Russian form of Ninjutsu*, Lulu
- Masala, Carlo (2026), *Si Rusia ganara. Un escenario más que probable*, Eds. Península
- Milanovic, Branko (2025), *The Great Global Transformation. National Market Liberalism in a Multipolar World*, Penguin
- Pozner, Valdimir (2018) “How the United States Created Vladimir Putin”, Canal Yale University (You Tube), 2 de octubre de 2018
- Rangel Serra, Luiz Eugenio Cardoso (2025), ESFAS. La evolución de la Maskirovka: la inteligencia artificial generativa como catalizadora de estrategias de engaño en el conflicto ruso-ucraniano (2014-2025), *Portal de CESEDEN*, 5 de diciembre de 2025 [consultable en red]

⁴⁷ “Polonia investiga si Rusia captó a Epstein como espía para obtener material comprometedor”, en *La Vanguardia*, 4 de febrero de 2026 [consultable en red]

Salmon, Christian (2008). *Storytelling. La máquina de fabricar historias y formatear mentes*, Península

Serrano, Pascual (2022), *Prohibido dudar. Las diez semanas en las que Ucrania cambió el mundo*, Akal Madrid

Todd, Emmanuel (2024), *La derrota de Occidente*, Akal, Madrid

[Veiga, Francisco y González-Villa, Carlos] (2013), *Trigger massacre*, Eurasian Hub [blog], post del 26 de Agosto de 2013 [consultable en red]

Veiga, Francisco (2025), *Ucrania 22. De la guerra programada a la contienda por la globalización* (2ª ed.), Alianza Editorial

Villarrolla, Óscar (2019), *Somos lo que nos contamos: Cómo los relatos construyen el mundo en que vivimos* (2019)

Yurchak, Alexei (2024), *Todo era para siempre hasta que dejó de existir*, Ed. Siglo XXI